66

ENCICLICA "PROVIDENTISSIMUS DEUS" (*)

(18-XI-1893)

SOBRE EL ESTUDIO DE LA SAGRADA ESCRITURA

LEON PP. XIII

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

269 **1. Sobre la necesidad de la revelación divina en general.** El providentísimo Dios, que por un admirable designio de amor elevó, desde un principio, al género humano a la participación de la naturaleza divina; y después de la caída lo restauró a su primera dignidad, redimiéndolo del pecado original y arrancándolo a su perdición. Por eso, ha concedido a ese mismo linaje humano la singular protección de revelarle por medios sobrenaturales los arcanos de su Divinidad, de su sabiduría y misericordia.

Pues, aunque la revelación contiene también verdades que son accesibles a la razón humana, éstas se han revelado al hombre *a fin de que todos puedan conocerlas fácilmente y con toda certeza y sin error; mas no por este motivo debe decirse que la revelación sea absolutamente necesaria, sino que más bien fue necesaria porque Dios, en su infinita bondad, ha destinado al hombre a un fin sobrenatural o sea para que participe de las cosas divinas, que superan en forma absoluta la inteligencia humana*[1].

Las fuentes de la revelación. *Esta revelación sobrenatural, según la fe de la Iglesia universal y declaración del Concilio de Trento, se halla contenida tanto "en las tradiciones no escritas", como en los libros, llamados santos y canónicos "porque fueron compuestos bajo la inspiración del Espíritu Santo"*[2] *y tienen a Dios por autor, y como tales han sido dados a la Iglesia*[3].

La revelación escrita. Eso es lo que la Iglesia no ha cesado de creer y de profesar públicamente referente a los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. Conocidos son también los documentos antiguos muy importantes que Dios ha hablado primeramente a los hombres por los profetas, después por Sí mismo, luego por los Apóstoles; y que ha dado existencia a la Escritura que se llama canónica[4], y que es precisamente ella la que contiene las profecías y sentencias divinas[5], y que constituye una como carta dirigida por el Padre celestial al género humano que peregrina lejos de su Patria y que le fue entregada por los autores sagrados[6]

El valor de las Escrituras y de la Exégesis. Este origen demuestra bien claramente cuánta es la excelencia y cuánto el valor de las Escrituras, que teniendo a Dios mismo por autor, contienen la indicación de sus más altos misterios, de su designios y de sus obras. Resulta de todo esto, que la parte de la Teología que concierne a la conservación y a la interpretación de estos libros divinos, es de suma importancia y de la más grande utilidad. 270

(*) ASS 26 (1893/94) 269-292. Trad. espec. corregida para la 2ª edición. — *Los números marginales* dan las páginas del original en ASS, vol. 26. (P. H.)

(1) Concilio Vatican. Sess. III, c. 2 de revelat.; vea *Denz-Umb.* n. 1786.

(2) Conc. Trid. sess. IV (8 de abril de 1546), vea *Denz-Umb.* n. 783.

(3) Conc. Vatic. sess. III (24 de abril de 1870), c. 2 can. 4; vea *Denz-Umb.* n. 1787.

(4) San August. De Civ. Dei XI, 3.

(5) San Clemente Rom. I Cor. 45; San Policarpo ad Phil. 7; San Ireneo c. Haer. II, 28, 2.

(6) San Crisóstomo in Genes. Homil. 1. 2, 2: San Agust. in Ps. 30, sermo 2, 1; San Gregor. M. ad Theodor. epist. IV, 31.

2. **Estudio de la Sagrada Escritura.** Nos hemos tomado con empeño la tarea de hacer progresar otras ciencias que Nos parecían muy apropiadas al acrecentamiento de la gloria divina y a la salvación de los hombres; tal ha sido por Nuestra parte el objeto de frecuentes Encíclicas y numerosas exhortaciones que, con la ayuda de Dios, no han resultado estériles. Nos nos propusimos también, desde hace mucho tiempo, reanimar y recomendar del mismo modo este tan noble estudio de la Sagrada Escritura y de dirigirlo de una manera más conforme a las necesidades de los tiempos actuales.

La solicitud de Nuestro cargo apostólico Nos anima y en cierto modo Nos impulsa, no solamente a querer abrir con toda seguridad y amplitud, para la utilidad del pueblo cristiano, esta preciosa fuente de la revelación católica, sino también a no tolerar que sea enturbiada en alguna de sus partes, ya por aquellos a quienes mueve una audacia impía y que atacan abiertamente a la Sagrada Escritura, ya por los que suscitan a cada paso innovaciones engañosas e imprudentes.

3. **Pocos la estudian.** Nos no ignoramos, seguramente, Venerables Hermanos, que cierto número de católicos, hombres ricos en ciencia y en talento, se dedican con ardor a defender los Libros Santos, o a propagar más y más su conocimiento e inteligencia. Pero alabando a justo título sus trabajos y los resultados que de ellos obtienen, Nos no podemos dejar de exhortar a que lleven a buen término esta santa tarea para merecer el mismo elogio a otros hombres cuyo talento, ciencia y piedad, promete en esta obra excelentes resultados.

Nos deseamos ardientemente que mayor número de fieles católicos emprendan como conviene la defensa de las Sagradas Letras, y a ello se dediquen con constancia; Nos deseamos, sobre todo, que aquellos que han sido llamados por la gracia de Dios a las Ordenes Sagradas, pongan de día en día mayor cuidado y más grande celo en leer, meditar y explicar las escrituras; pues nada hay más justo.

4. **Las ventajas principales del estudio de la Biblia.** La causa principal por qué este estudio nos parece tan digno de toda recomendación es, aparte de la excelencia de tal ciencia y de la reverencia que debemos a la palabra de Dios, la múltiple utilidad que de ella nace, según lo atestigua certísimamente el Espíritu Santo cuando dice: *Toda la Escritura divinamente inspirada es útil para instruir, para razonar, para conmover, para acomodarse a la justicia a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y pronto a toda buena obra*[7].

Jesús citaba las Escrituras. Con este designio ha dado Dios a los hombres las Escrituras; los ejemplos de Nuestro Señor JESUCRISTO y de los Apóstoles lo demuestran. JESÚS mismo, en efecto, que *se ha conciliado la autoridad por milagros, ha merecido la fe por su autoridad y ha ganado a la multitud por su fe*[8], tenía costumbre de apelar
a la Sagrada Escritura en testimonio 271
de su divina misión.

El se sirve en ocasiones de los Libros Santos a fin de declarar que es el enviado de Dios y Dios mismo; de ellos toma argumentos para instruir a sus discípulos y para apoyar su doctrina; invoca su testimonio contra las calumnias de sus enemigos; los opone en su respuesta a los saduceos y a los fariseos, y los vuelve contra el mismo Satanás, que los invoca con imprudencia; los emplea aún al fin de su vida, y una vez resucitado los explica a sus discípulos hasta que sube a la gloria de su Padre.

Los Apóstoles la estudiaron y recurrieron a ella. Los Apóstoles se han ceñido a la palabra y a las enseñanzas del Maestro, y aunque El mismo les concedió *el don de hacer milagros*[9], ellos sacaron de los Libros Santos un gran medio de acción para propagar

(7) II Tim., 3, 26-27.
(8) S. Aug., *de util. cred.*, 14, 32 (Corp. S. E. L. 25, pág. 41; Migne PL. 42, col. 88).
(9) Hechos 14, 2.

por todas las naciones la sabiduría cristiana, vencer las obstinaciones de los judíos y ahogar las nacientes herejías.

Este hecho resalta en todos sus discursos, y en primer término en los de SAN PEDRO; ellos los compusieron en gran parte con textos del Antiguo Testamento, considerándolos como el apoyo más firme de la Nueva Ley. Y esto no es menos evidente en lo que atañe a los Evangelios de SAN MATEO y SAN JUAN y en las Epístolas llamadas católicas, según el testimonio de aquel que *"delante de Gamaliel"* se gloriaba de haber estudiado la Ley de MOISÉS y de los profetas para poder decir con confianza, provisto de armas espirituales: *"Las armas de nuestra milicia no tienen nada de terrenales: son la omnipotencia de Dios"*[10].

5. **La estima que los cristianos han de tener de la Escritura.** Que todos, y muy especialmente los soldados del ejército sagrado, comprendan, pues, según los ejemplos de Cristo y de los Apóstoles, en cuánta estimación deben tener a la Sagrada Escritura, y con cuánto celo y con qué respeto les es preciso, por decirlo así, aproximarse a este arsenal.

Habla de Dios. En efecto; aquellos que deben propagar, sea entre los doctos o entre los ignorantes, la verdad católica, en ninguna parte, fuera de los Libros Santos, encontrarán enseñanzas más numerosas y más completas sobre Dios, bien sumo y perfectísimo, y sobre las obras que ponen de manifiesto su gloria y su amor.

Enseña a Cristo. En lo que se refiere al Salvador del género humano, ningún texto es tan fecundo y conmovedor como los que se encuentran en toda la Biblia, y por esto ha podido SAN JERÓNIMO afirmar con razón *que la ignorancia de las Escrituras es la ignorancia de Cristo*[11]. En ellas se ve viva y palpitante la imagen del Hijo de Dios, y este espectáculo alivia los males de un modo admirable, exhorta a la virtud e invita al amor divino.

Es el baluarte de la Iglesia. En lo que concierne a la Iglesia, su institución, sus caracteres, su misión y sus dones, encuéntranse en la Escritura tantas indicaciones, y existen en su
favor argumentos tan sólidos y tan bien 272
apropiados, que el mismo SAN JERÓNIMO ha podido decir con mucha razón: *Aquel que se apoya en los testimonios de los Libros Santos, es el baluarte de la Iglesia*[12].

Contiene toda la doctrina. Ahora, si se buscan preceptos relativos a las buenas costumbres, a las reglas de vida, los hombres apostólicos encontrarán en la Biblia grandes y excelentes recursos, prescripciones llenas de santidad, exhortaciones en las que maravillosamente se hallan reunidas la suavidad y la fuerza, notables ejemplos de todas las virtudes, a los que se añaden la promesa de las recompensas eternas y el anuncio de las penas del otro mundo; promesas y anuncios hechos en nombre de Dios y apoyándose en sus palabras.

6. **Su importancia en la oratoria sacra.** Precisamente, esta virtud notabilísima y particular de las Escrituras, procedente del soplo divino del Espíritu Santo, da autoridad al orador sagrado, le inspira una libertad de hablar verdaderamente apostólica y le dota de una elocuencia vigorosa y convincente.

En efecto; aquel que lleve en su discurso el espíritu y la fuerza de la palabra divina *no habla solamente con la lengua, sino con la virtud del Espíritu Santo y con gran abundancia de frutos*[13].

Por esta razón debe decirse que obran con torpeza e imprevisión los que hablan de la Religión y anuncian los preceptos divinos sin invocar apenas otra autoridad que las de la ciencia y de la sabiduría humanas; se apoyan

(10) S. Hier., *de studio Script. ad Paulin. ep.* 53, 3.
(11) In Is. Prol.
(12) In Is., 54, 12.
(13) I Thess., 1, 5.

más en sus propios argumentos que en los argumentos divinos.

Es, por lo tanto, su elocuencia, aunque brillante lánguida, y entibia por cuanto se ve privada del *fuego de la palabra de Dios* y carece de la *virtud que brilla* en el lenguaje divino[14]: *Pues la palabra de Dios es más fuerte y más penetrante que una espada de dos filos; entra en el alma y en el entendimiento hasta el punto de atravesarnos en cierto modo*[15].

Por lo demás, los mismos sabios han de convenir en que existe en las Sagradas Letras una elocuencia admirablemente variada, rica, y digna de los grandes objetos que tratan. Esto es lo que SAN AGUSTÍN ha comprendido y perfectamente comprobado[16]. Esto mismo se confirma en los más insignes representantes de los oradores sagrados, quienes con gratitud hacia Dios confesaron que debían su celebridad principalmente a la asidua lectura y estudio y a la devota meditación de la Biblia.

7. **Los Santos Padres ensalzan las Escrituras.** De todo ello estaban los Santos Padres plenamente convencidos, y por cuanto teórica y prácticamente lo habían comprobado, no escatimaron elogios a la Sagrada Escritura y a los frutos que de ella se obtienen.

En frecuentes pasajes de sus obras llaman a los Libros Santos *precioso*
273 *tesoro de las doctrinas celestiales* [17] *y eterno manantial de salvación*[18], y los comparan a fértiles *praderas y a deliciosos jardines,* en los que *el rebaño del Señor* encuentra una fuerza admirable y un maravilloso encanto[19a].

Bien vienen aquí las palabras de *S. Jerónimo* a *Nepociano* que dicen: *"Lee a menudo la Sagrada Escritura; aún más, nunca dejes de mano la lectura sagrada, aprende lo que has de enseñar... El sermón del sacerdote debe basarse en lectura de las Escrituras"*[19b].

Tal es también la opinión de SAN GREGORIO MAGNO que ha indicado más excelentemente que nadie los deberes de los Pastores de la Iglesia: *Es necesario,* dice, *que los que se dedican al ministerio de la predicación no cesen de estudiar los Libros Santos*[20].

8. **Fuente de santificación propia y ajena.** Y aquí nos place recordar este aviso de SAN AGUSTÍN: *No será en lo exterior un verdadero predicador de la palabra de Dios, aquel que no la escucha en el interior de sí mismo*[21].

El mismo GREGORIO MAGNO preceptúa a los oradores sagrados *que se examinen a sí mismos antes que prediquen sus sermones a los demás, para que, inconsecuentes, no dejen de hacer las obras de los demás*[22].

Esta verdad había ya sido manifestada por la palabra y el ejemplo de Cristo, que *empezó a obrar y a enseñar*[23] y la voz del Apóstol la había también proclamado al dirigirse, no solamente a Timoteo sino a todo el orden de los Eclesiásticos cuando anunciaba este precepto: *"Vela con atención sobre ti mismo y salvarás a tus oyentes*[24].

Condición para su inteligencia. Y ciertamente, para la propia y ajena santificación se encuentran preciosos auxilios en los Libros Santos, y abundan, sobre todo, en los salmos. No obstante, éstos sólo aprovecharán a los que presten a la divina palabra no solamente un espíritu dócil y atento, sino una buena voluntad perfecta y una verdadera piedad.

Estos libros, en efecto, dictados por el mismo Espíritu Santo, contienen verdades muy importantes, ocultas y difíciles de interpretar en muchos puntos; para comprenderlos y explicarlos, tendremos siempre necesidad de la presencia de este mismo Espíritu[25]; esto es, de su luz y de su gracia que, como nos advierten los Salmos, deben ser implorados por medio de la oración humana acompañada de una vida santa.

(14) Ier. 23, 29.
(15) Hebr., 4, 12.
(16) De doctrina christ. IV, 6, 7.
(17) S. Chrys., in Gen. hom., 21, 2; hom. 60, 3; S. Aug., de discipl. chr., 2.
(19a) S. Aug., serm. 26, 24; S. Ambr., in Ps. 118,
(18) S. Athan. ep. fest., 39.
serm. 19, 2.

(19b) *S. Jerónimo,* Ep. 52, n. 7, De vita cleric. a Nepociano (Migne PL. 22, col. 533).
(20) S. Greg. M., *Regul. past.,* 2, 11 (al 22) *Moral.,* 18, 26 (art. 14).
(21) S. Aug., serm. 179, 1.
(22) S. Greg. M., *Regul. past.,* 3, 24 (al 48).
(23) Act. 1, 1.
(24) I Tim., 4, 16.
(25) S. Hier. in *Mic.,* 1, 10.

9. **Su predicación al pueblo.** Y en esto aparece de un modo esplendoroso la previsión de la Iglesia. *Para que este tesoro de los Libros Sagrados que el*
274 *Espíritu Santo ha entregado a los hombres con soberana liberalidad no fuera desatendido*(26), ha multiplicado en todo tiempo las instituciones y los preceptos. Ha decretado no solamente que una gran parte de *la Escritura fuera leída y meditada por todos sus Ministros* en el ejercicio cotidiano, sino que estas Escrituras fueron *enseñadas e interpretadas por hombres doctos, en las catedrales, en los monasterios y en los conventos de Regulares* donde pudiera prosperar su estudio; ha ordenado por escrito que *los domingos y fiestas solemnes sean alimentados los fieles con las palabras saludables del Evangelio*(27). De este modo, y gracias a la sabiduría y vigilancia de la Iglesia, el estudio de la Sagrada Escritura se mantiene floreciente y *es fecundo en frutos de salvación.*

10. **Algo de Historia bíblica.** Para refirmar Nuestros argumentos y Nuestras exhortaciones, queremos recordar que todos los hombres notables por la santidad de su vida y por su ciencia de las verdades, siempre han cultivado con asiduidad el estudio de las Santas Escrituras. Vemos que los discípulos más inmediatos de los Apóstoles, entre los que citaremos a Clemente de Roma, a Ignacio de Antioquía, Policarpo, todos los Apologistas, especialmente Justino e Ireneo, han encaminado los argumentos de sus cartas y de sus libros a la conservación o a la propagación de los dogmas divinos difundiendo la doctrina, la fuerza y la piedad de los Libros Santos.

En las escuelas de Catecismo y de Teología que se fundaron en la jurisdicción de muchas Sedes episcopales, y entre las que figuran como más célebres las de Alejandría y Antioquía, la enseñanza no consistía, por decirlo así, más que en la lectura, explicación y defensa de la palabra de Dios escrita.

De estas aulas salieron la mayor parte de los Santos Padres y escritores, cuyos profundos estudios y notables obras se sucedieron durante tres siglos, con tan gran abundancia, que este período fue llamado la Edad de Oro de la exégesis bíblica.

11. **Los Santos Padres del Oriente.** Entre los del Oriente, el primer puesto corresponde a Orígenes, hombre admirable por la rápida concepción de su entendimiento y por sus trabajos ininterrumpidos. En sus numerosas obras y en sus inmensa *Exaplas* puede decirse que se han inspirado casi todos sus sucesores.

Entre los muchos que han extendido los límites de esta ciencia, es preciso enumerar, como más eminentes, en Alejandría, a Clemente y a Cirilo; en Palestina, a Eusebio y al segundo Cirilo; en Capadocia, a Basilio el Grande, a Gregorio Nacianceno y Gregorio de Nicea, y en Antioquía a Juan Crisóstomo, en quien a una notable erudición se unió la más elevada elocuencia.

12. **Los Padres del Occidente.** La Iglesia de Occidente no ostenta menores títulos de gloria. Entre los numerosos
doctores que se han distinguido en ella, 275
ilustres son los nombres de Tertuliano y de Cipriano, de Hilario y de Ambrosio, de León Magno y de Gregorio Magno; pero, sobre todo, los de Agustín y de Jerónimo; de los cuales el uno demuestra una admirable agudeza para desentrañar el sentido de la sentencia de la palabra Divina, y posee abundantísimos recursos para deducir conclusiones en sostén de la verdad católica; el otro, por su conocimiento singular de la Biblia y sus inmensos trabajos para su recto empleo ha sido honrado por la Iglesia con el encomio de Doctor Máximo.

13. **Hasta el siglo XI.** Desde esa época hasta el siglo XI, aunque esta clase de estudios no se cultivó con el mismo fervor y fruto como antes, floreció, sin embargo, gracias sobre todo a los sacerdotes.

Estos cuidaron, pues, o de recoger lo que los antiguos de más fructífero nos legaron, y de propagarlo, conveniente-

(26) Conc. Trid., sess. V, decret. de reform., 1.

(27) Conc. Trid. sess. V decr. de reforma 1-2.

mente ordenado e incrementado por el fruto de sus propios estudios, como lo hicieran principalmente ISIDORO DE SEVILLA, BEDA y ALCUINO; o de dotar de glosas los manuscritos sagrados como lo practicara VALAFRIDO STRABÓN y ANSELMO DE LEÓN; o de procurar que, por medio de nuevos procedimientos, se mantenga la integridad de los textos, como lo practicaran PEDRO DAMIÁN y LANFRÁN.

14. **En el siglo XII.** En el siglo XII muchos emprendieron con gran éxito la explicación alegórica de la Sagrada Escritura; en este género SAN BERNARDO se distinguió fácilmente entre todos los demás; sus sermones no saben propiamente sino a Sagrada Escritura.

Pero también nuevos y abundantes progresos se realizaron, gracias al método de los *escolásticos.* Estos, aunque se dedicaron a investigar el verdadero texto de la versión latina, como lo demuestran las *Biblias corregidas* que ellos publicaron, pusieron todavía más celo y cuidado en la interpretación y en la explicación de los Libros Santos.

Tan ordenada y claramente, como no se había hecho mejor antes; distinguieron los varios sentidos de las palabras sagradas; sopesaron el valor de cada una de ellas desde el punto de vista teológico; establecieron las diferentes partes de los libros y el contenido de ellas; investigaron la intención de los escritores; y explicaron el parentesco y la conexión de las sentencias entre sí. No hay quien no vea cuánta luz fluye de todos estos procedimientos para iluminar los pasajes más obscuros. Además, tanto sus libros de teología como sus comentarios bíblicos manifiestan, de una manera insigne, la abundancia de doctrina, recogida de la Escritura. A este respecto, SANTO TOMÁS les lleva la palma a todos ellos.

15. **Lenguas orientales y cultivo del estudio bíblico.** Pero desde que Nuestro predecesor CLEMENTE V dotara el Ateneo de Roma y todas las más célebres Universidades de cátedras de lenguas orientales, comenzaron Nuestros maestros a trabajar en los códices de lengua original y en la versión latina. Y cuando después la ciencia de los griegos se volvió a introducir entre nosotros, mucho más aún, cuando se inventó felizmente el arte nuevo de imprimir, se incrementó en la forma más amplia el cultivo de las sagradas Letras. Multiplicadas en breve tiempo por 276
la prensa los ejemplares de la Biblia, sobre todo los de la *Vulgata,* es realmente admirable cómo casi llenaron el orbe católico; aun en esa misma época en que los enemigos de la Iglesia desacreditaban los Libros Divinos eran estimados y venerados.

En tiempos de los Concilios de Viena y Trento. Ni debe pasarse en silencio el gran número de doctores, sobre todo, de las órdenes religiosas, que desde el Concilio de Viena hasta el de Trento, trabajaron por la prosperidad de los estudios bíblicos. Estos, gracias a nuevos subsidios, a su vasta erudición y a su notable talento, no sólo acrecentaron las riquezas acumuladas por sus predecesores, sino que prepararon, en cierto modo, el camino a la prestancia de los sabios del siguiente siglo; durante el cual, y como resultado del Concilio de Trento, la época tan próspera de los Padres de la Iglesia pareció casi renacer.

16. **Biblias políglotas e interpretación.** Nadie, en efecto, ignora y a Nos es grato recordar que Nuestros predecesores, desde PÍO IV a CLEMENTE VIII, ordenaron la publicación de notables ediciones de las versiones antiguas, entre ellas la de Alejandría y la *Vulgata,* las que, publicadas seguidamente por orden y con la autorización de SIXTO V y del mismo CLEMENTE VIII son, hoy día, de uso general. Se sabe que en esta época fueron editadas, al mismo tiempo que otras versiones de la Biblia, las Biblias políglotas de Amberes y de París, aptísimas para la investigación de su sentido exacto.

No hay un solo libro de los dos Testamentos que no encontrara entonces un hábil intérprete; ni existe cuestión alguna relacionada con este asunto, en que no se ejercitara con fruto el talen-

to de muchos sabios, entre los que hay cierto número sobre todo, que estudiando más a los Santos Padres adquirieron un renombre eximio.

Desde esta época no ha faltado el celo a nuestros exégetas. Hombres distinguidos han adquirido grandes méritos por sus estudios bíblicos y por sus defensas de la Sagrada Escritura contra los ataques del *racionalismo,* que éste sacó de la filología y de las ciencias análogas, y que aquéllos rechazaron sirviéndose de argumentos del mismo género.

Los que sin prevención examinen todo esto Nos concederán ciertamente que la Iglesia no ha carecido jamás de providencias y medidas para encauzar hacia sus hijos las fuentes saludables de la Divina Escritura; que siempre ha conservado este bastión para cuya custodia ha sido propuesta por Dios, y que lo ha fortificado por medio de toda suerte de trabajos, de tal modo que no ha tenido jamás, ni tiene ahora, necesidad de ser estimulada a semejante tarea por hombres que le son extraños.

17. **Adversarios del recto uso de la Biblia.** El plan que Nos hemos propuesto exige que Nos os hablemos de lo que parece útil al buen régimen de estos estudios. Pero importa, ante todo, examinar qué clase de hombres Nos ponen obstáculos y a qué armas y procedimientos recurren para ello.

277 Pues antes la Santa Sede tuvo que habérselas con los que, apoyándose en su juicio particular y repudiando las divinas tradiciones y el magisterio de la Iglesia, afirmaban que la Escritura era la única fuente de la revelación y el árbitro supremo de la fe.

18. **Los racionalistas y la ciencia libre.** Lo mismo sucede ahora con nuestros principales adversarios, los racionalistas, que, hijos y herederos, por decirlo así, de aquellos otros hombres de quienes más arriba hablamos, y fundándose igualmente en su propia opinión, rechazan abiertamente aún aquellos restos de fe cristiana aceptados por sus predecesores.

Ellos niegan, en efecto, totalmente toda revelación, inspiración y Escritura; proclaman que todo esto no es sino invención y artificio humanos, pues, los de los Libros Sagrados no son, según ellos, relatos fieles de los hechos históricos sino fábulas ingenuas e historias mentidas; no profecías y sentencias divinas sino predicciones forjadas después de ocurrir los acontecimientos, o bien presentimientos producidos por causas naturales; no milagros en el genuino sentido de la palabra y manifestaciones de la Omnipotencia divina, sino ciertos hechos asombrosos que de ningún modo sobrepasan los límites de las fuerzas naturales, o ciertas ilusiones y mitos; y los Evangelios y escritos apostólicos han de atribuirse sin duda a otros autores que los comúnmente señalados.

Con tales sorprendentes errores, con que creen poder destrozar la sacrosanta verdad de los Libros Sagrados, imponen los como decretos y decisiones de cierta *ciencia* nueva, llamada *libre;* decretos que ellos mismos consideran tan inciertos que con harta frecuencia aun en los mismos puntos alteran y complementan.

19. **Hostilidad encarnizada y peligrosa de ésta y de las otras ciencias.** Pero pese a que esos hombres sienten y hablan de una manera tan impía sobre Dios, Cristo, el Evangelio y los demás Libros Sagrados, no faltan entre ellos personas que quieren ser considerados como teólogos, tanto cristianos como evangélicos y bajo este nombre honrosísimo ocultan la temeridad de un espíritu atrevido.

A ellos se suman como compañeros y favorecedores de sus planes los representantes de no pocas otras ciencias que el mismo espíritu de hostilidad hacia las verdades reveladas impulsa a atacar la Biblia.

Nos no sabríamos deplorar suficientemente la extensión y la violencia que de día en día adquieren esos ataques. Se dirigen también contra hombres instruidos y serios, que ciertamente pueden defenderse sin gran dificultad; pe-

ro se dirigen principalmente contra la multitud de ignorantes, sobre la que obran de mil maneras y con diversos procedimientos Nuestros enemigos más encarnizados.

Por medio de libros, de opúsculos y de periódicos propagan un veneno mortífero, el que en reuniones y por medio de discursos infiltran más todavía. Todo lo han invadido: ellos poseen numerosas escuelas arrancadas a la Iglesia, y en las que depravan miserablemente, hasta por medio de sátiras y burlas chocarreras, las inteligencias, aún tiernas y crédulas de los jóvenes, excitando en ellos el desprecio hacia la Sagrada Escritura.

20. **Deberes de los Pastores sobre todo en los Seminarios.** En todo esto hay, Venerables Hermanos, hartos motivos para excitar e inflamar el celo común de los Pastores; de tal modo, que a esa ciencia nueva, *con el falso nombre de ciencia* (28), se oponga la doc-
278 trina antigua y verdadera que la Iglesia ha recibido de Cristo por medio de los Apóstoles, y que en este combate toman parte en todo el mundo hábiles defensores de la Sagrada Escritura.

Nuestro primer cuidado, por lo tanto, debe ser éste: que en los Seminarios o en las Universidades se enseñen las Divinas Letras, punto por punto, como lo piden la misma importancia de esta ciencia y las necesidades de la época actual.

21. **Selección de maestros.** Por esta razón, vosotros debéis emplear la mayor prudencia en la elección de los profesores; para este cometido importa, efectivamente, nombrar, no a cualesquiera personas, sino a los que se recomienden por un grande amor y un largo estudio de la Biblia, por una verdadera cultura científica y, en una palabra, por hallarse a la altura de su misión.

No exige menos cuidado la tarea de aquellos que después han de ocupar el puesto de éstos. Nos place que en todos aquellos puntos donde sea posible se escoja, entre los más aventajados discípulos que hayan recorrido de una manera eximia el ciclo de los estudios teológicos, un número determinado que se aplique por completo a adquirir el conocimiento de los Libros Santos, y la posibilidad de dedicarse a trabajos más extensos.

Los maestros elegidos y formados de este modo, emprendan con confianza la tarea que se les haya encomendado. Para que llenen de una manera excelente, y a fin de que obtengan los resultados apetecidos, Nos queremos darles algunas instrucciones más extensas acerca de este particular.

Selección de los alumnos. En el mismo umbral, pues, de los estudios examinen (los maestros) la agudeza intelectual de los jóvenes teólogos de tal modo que formen y cultiven asiduamente el juicio crítico para que resulte apto tanto para defender los Libros Divinos como para captar el significado que encierran sus sentencias. A lograr este objetivo se da la *Introducción* que llaman *bíblica* que suministra al discípulo el medio apropiado de demostrar victoriosamente la integridad y la autoridad de la Biblia, de investigar y descubrir el sentido genuino, de desenmascarar los sofismas y extirparlos radicalmente.

22. **El Método en la enseñanza y el estudio de la Biblia.** Apenas hay necesidad de señalar cuánta importancia tiene el discutir estos puntos desde un principio con orden y ciencia y bajo la égida y en compañía de la teología; pues, todo el tratamiento que se da a la Escritura restante se apoya en estas bases y se ilumina con esta luz.

El profesor deberá preocuparse con la mayor asiduidad por la parte más fecunda de esta ciencia que se llama la interpretación, para que los oyentes aprendan de qué modo podrán aprovechar, para bien de la Religión y de la piedad, las riquezas de la palabra divina.

Ciertamente, Nos comprendemos que ni la extensión de la materia ni el tiempo de que se dispone permiten tratar

(28) I Tim., 6, 20.

en la escuela todo el ciclo de las Escrituras. Pero por cuanto es necesario poseer un método seguro para fomentar con fruto la interpretación, un maestro prudente evitará al mismo tiempo el defecto de los que hacen estudiar superficialmente pasajes tomados al azar de todos los libros, y el defecto de aquellos otros que se detienen excesivamente en un capítulo determinado de un solo libro.

Si, en efecto, la mayor parte de las escuelas no puede obtener lo que se lleva acabo en los institutos superiores, es decir que un libro u otro se explique de una manera continuada y prolija, cuando menos debe ponerse
279 especial cuidado en que los pasajes escogidos para la interpretación sean estudiados de un modo suficientemente exhaustivo para que los discípulos, atraídos e instruidos por este método de explicación, puedan luego leer el resto de la Biblia y lo amen toda su vida.

23. **Uso de la Vulgata y textos originales.** El profesor, fiel a las prescripciones de aquellos que Nos precedieron, deberá emplear para los estudios la versión de la Vulgata.

Dificultades del texto de la Vulgata. Texto original. Esta es, en efecto, la que el Concilio de Trento ha señalado *como auténtica para las lecciones públicas, las disputaciones, predicaciones y las explicaciones*[29], recomendada, además, por la práctica cotidiana de la Iglesia. Sin embargo, a las demás versiones debe prestarse también la debida atención, las que los cristianos de la antigüedad estimaron y adoptaron para su uso; sobre todo los textos primitivos. Pues, aunque en lo esencial la sentencia hebrea y griega emerge claramente de la traducción de la Vulgata, no obstante, cuando en algún pasaje se encuentra una expresión ambigua o menos clara, *"el examen de la lengua de que proceden será utilísimo*[30] según el consejo de SAN AGUSTÍN.

Ya por eso se ve claramente cuánta diligencia se requiere para esta tarea, siendo como es *oficio del comentarista exponer no lo que él piensa sino lo que sentía el autor cuyo texto se ha de interpretar*[31].

24. **Las reglas y consejos para solucionar las dificultades en la interpretación. El "sensus plenior".** Cuando, en caso de necesidad, se haya examinado con todo cuidado la lección del texto, comenzará el estudio y la proposición del sentido. Nuestro primer consejo al respecto es que se observen las reglas de interpretación universalmente aprobadas con tanto mayor cuidado vigilante cuanto más encarnizado y apremiante sea el ataque de nuestros adversarios. Por eso, debe unirse al estudio que examina el valor de las palabras, la significación del contexto, los lugares paralelos y otros puntos semejantes, la aclaración que de fuera viene aprovechando las ciencias afines. Deberá procederse, sin embargo, con cautela a fin de no emplear en estas cuestiones más tiempo ni más solicitud que en el conocimiento sólido de los Libros Santos, y de evitar que el conocimiento de un cúmulo de cosas varias sirva a las mentes juveniles más bien de estorbo que de provecho.

Si esto se ha realizado así, se puede con paso seguro proceder al aprovechamiento de la Sagrada Escritura en la Teología. No hay que perder de vista, sin embargo, el hecho de que en los Libros Santos a las otras causas de las dificultades que ofrece a la recta inteligencia casi cualquier libro de los antiguos, se añaden algunas otras dificultades; pues, en los libros, que tienen por autor al Espíritu Santo, se ocultan muchas verdades que sobrepujan en mucho la fuerza y penetración de la razón humana, o sea los divinos misterios y muchas otras cosas que con ellos se relacionan, y eso a veces en un sentido más amplio y recóndito de lo que parece expresar la letra e indicar las reglas de la hermenéutica; al 280
sentido literal se suman, además, otros

(29) Sess. IV, decr. de edit. et usu sacr. libror.
(30) De doctr. chr., 3, 4.
(31) S. Hier., ad Pammach.

sentidos que sirven, unas veces, para ilustrar los dogmas y otras, para encarecer preceptos para la vida.

25. **El por qué de las obscuridades.** Por eso no puede negarse que los Libros Sagrados se hallan envueltos en cierta obscuridad religiosa, de modo que *nadie puede penetrar en ellos si no está previsto de algún guía*[(32)]. Dios lo ha dispuesto así (ésta es la opinión común de los Santos Padres) a fin de que los hombres los estudien con mayor diligencia y solicitud, para que las verdades más trabajosamente adquiridas penetren más hondamente en su mente y su corazón, y para que ellos comprendan, sobre todo, que Dios ha dado las Escrituras a la Iglesia a fin de que en la lectura y la explicación de sus sentencias sea ella guía y maestra segurísima.

26. **El sentido declarado por la Iglesia.** Allí donde Dios ha depositado sus carismas, allí debe irse a aprender; y que los que están dotados de la sucesión apostólica exponen sin peligro de error las Escrituras ya lo enseña SAN IRENEO[(33)]. Su doctrina y la de los demás Santos Padres ha adoptado el concilio del Vaticano, cuando renovando un decreto del Concilio de Trento sobre la interpretación de la palabra divina escrita, *decidió: que en las cosas de la fe y de las costumbres que pertenecen al edificio de la doctrina cristiana, se debe considerar como sentido verdadero de la Sagrada Escritura el que ha declarado y tiene por tal Nuestra Santa Madre la Iglesia, a quien incumbe juzgar del verdadero sentido y de la interpretación de los Libros Sagrados*[(34)]. *No es, por tanto, permitido a nadie explicar la Escritura de una manera contraria a este sentido según el consenso unánime de los Padres.*

Por esta ley llena de prudencia, la Iglesia no detiene ni contraría las penetrantes investigaciones de la ciencia bíblica, pero la mantiene al abrigo de todo error y contribuye poderosamente a sus verdaderos progresos. Cada doctor, en efecto, tiene abierto ante sí un vasto campo, en el que, siguiendo una dirección segura, su celo puede ejercitarse de un modo notable y con provecho para la Iglesia.

Y, verdaderamente, en lo que se refiere a los pasajes de la Biblia, que carecen aún de una explicación cierta y bien definida, puede lograr, gracias a un benévolo designio de la Providencia de Dios, que por los estudios preparatorios de los doctores, madure el juicio de la Iglesia. Pero en lo que toca a puntos de la Sagrada Escritura que ya han sido declarados, el doctor particular puede desempeñar un papel útil, sea explicándolos con más claridad a la muchedumbre de los fieles, o exponiéndolo más ingeniosamente a los doctos, o bien defendiéndolos con más fuerza contra los adversarios.

27. **El intérprete católico.** Por eso, el intérprete católico debe, pues, mirar como un deber importantísimo y sagrado explicar en el sentido declarado
los testimonios de la Escritura cuyo 281
significado haya sido declarada auténticamente, sea por los autores sagrados, a quienes ha guiado la inspiración del Espíritu Santo, como sucede en muchos pasajes del Nuevo Testamento, o bien por la Iglesia, asistida también por el mismo Espíritu Santo, *por medio de una decisión solemne, o por magisterio universal y ordinario*[(35)]. Aun más; aprovechando los auxilios de su ciencia, convenza a los demás de que esta interpretación es la única que, según las leyes de una sana hermenéutica, se puede probar como verdadera.

Por lo demás, deberá seguir la analogía de la fe, y aplicar como norma suprema, la doctrina católica tal como es recibida de la autoridad de la Iglesia; pues, de ningún modo puede acaecer que, siendo como es Dios el autor Santo de los Libros Sagrados como de la doctrina depositada en la Iglesia, se deduzca legítimamente de aquéllos un sentido que de ésta discrepe de alguna

(32) S. Hier. ad Paulin. *de studio Scr. ep.*, 53, 4.
(33) C. her., IV, 26, 5.
(34) Sess. III, cap. II, *de revel. ef.;* Conc. Trid., sess. IV, decr. de edit. et usu sacr. libror.
(35) Conc. Vat., sess. III, c. 3, *de fide.*

manera. De allí resulta de una manera evidente que debe rechazarse como imposible y falsa toda interpretación que hace contradecirse entre sí a los autores inspirados u oponerse a la doctrina de la Iglesia.

28. **Necesidad de Teología y de maestros.** El profesor de Sagrada Escritura debe también merecer este elogio: que posea a fondo toda la Teología, y que conozca perfectamente los comentarios de los Santos Padres, de los doctores y de los mejores intérpretes. Tal es la doctrina de SAN JERÓNIMO(36) y de SAN AGUSTÍN, quien se queja con razón en estos términos: *Si toda ciencia, aunque poco importante y fácil de dominar, pide, como es evidente, ser enseñada por un hombre docto, por un maestro, nada hay más orgullosamente temerario que el no querer conocer los Libros Sagrados, según la enseñanza de sus intérpretes*(37). Tal ha sido también la opinión de otros Santos Padres, que la han confirmado con su ejemplo. *Ellos explicaban las Escrituras, no según su propia opinión, sino según los escritos y la autoridad de sus mayores, porque era evidente que éstos habían recibido, por sucesión de los Apóstoles, las reglas para la comprensión de los Libros Santos"*(38).

29. **Testimonio e importancia de los Santos Padres.** El testimonio de los Santos Padres, que, *después de los Apóstoles, han sido, por decirlo así, los jardineros de la Santa Iglesia, sus constructores y pastores, y la han alimentado y hecho crecer*(39), tiene suma autoridad, cuando explican de una mismísima manera un texto bíblico; pues de su consenso resulta claramente que, según la doctrina católica, dicha explicación ha sido una tradición recibida de los Apóstoles.

La opinión de estos mismos Padres debe apreciarse mucho cuando tratan de los mismos asuntos como doctores declarando su juicio particular; pues no solamente su conocimiento de la doctrina revelada y su gran ciencia, tan necesaria para interpretar los libros apostólicos, los recomiendan, sino que Dios mismo ha prodigado los auxilios de sus luces a estos hombres notabilísimos por la santidad de sus vidas y su celo por la verdad.

El intérprete sepa, por lo tanto, que es su oficio seguir sus pasos con respeto y aprovecharse de sus trabajos mediante una elección inteligente.

No es preciso, sin embargo, creer que tiene cerrado el camino y que no puede, cuando un motivo razonable exista para ello, ir más lejos en sus investigación y en sus explicaciones. Esto le es permitido, siempre que él siga religiosamente el sabio precepto dado por SAN AGUSTÍN de *no apartarse en nada del sentido literal y como obvio, a no ser que tenga alguna razón que le impida ajustarse a él o que haga necesario abandonarlo*(40). Esta regla debe observarse con tanta más firmeza cuanto que en medio de un tan grande deseo de innovar y de tal libertad de opiniones, existe el peligro de extraviarse.

30. **Importancia del sentido alegórico.** El que enseña las Escrituras se cuide de no desestimar las aplicaciones que del sentido alegórico u otro sentido semejante han hecho los mismos Padres, tanto más que cuando se derivan del sentido literal se apoyan en gran número de autoridades.

La Iglesia, en efecto, ha recibido de los Apóstoles este método de interpretación, y lo ha aprobado con su ejemplo, como resulta de la Liturgia. No quiere decir esto que los Santos Padres hayan pretendido demostrar de allí sólo los dogmas de la Fe, sino que ellos han comprobado que este método era bien fecundo para alimentar la virtud y la piedad.

Los demás exégetas. La autoridad de los demás intérpretes católicos es, en verdad, menor; pero por cuanto los estudios bíblicos han hecho en la Iglesia continuos progresos, es preciso dar

(36) Conc. Vat. sess. III.
(37) Ad Honorat., *de utilit. cred.*, 17, 35.
(38) Rufin. Hist. eccl., 2, 9.
(39) S. Aug. c. Iulian., 2, 17, 27.
(40) De Gen. ad litt., I, 8, c. 7, 13.

a los comentarios de esos doctores el honor que les corresponde: se puede, por lo tanto, tomar de sus trabajos muchos argumentos idóneos para rechazar los ataques y esclarecer los puntos difíciles.

31. **Estudio de los heterodoxos.** Pero lo que no conviene en modo alguno, es, que, ignorando o despreciando las excelentes obras que los nuestros nos dejaron en gran número, prefiera el intérprete los libros heterodoxos, y, con gran peligro de la sana doctrina, y muy frecuentemente en detrimento de la Fe, busque en ellos la explicación de los textos respecto de los cuales los católicos, con un resultado excelente y desde hace mucho tiempo, han ejercitado su talento y multiplicado sus trabajos.

Pues aunque, en efecto, los estudios de los heterodoxos, prudentemente utilizados, puedan a veces ayudar al intérprete católico, importa, no obstante, recordar que, según las numerosas pruebas sacadas de los documentos antiguos(41), el sentido inalterado de las Santas Letras, no se encuentra de
283 ningún modo fuera de la Iglesia, y no puede ser transmitido por los que, privados de la verdadera fe no llegan hasta la médula de las Escrituras y logran así únicamente a roer su corteza(42).

32. **La Escritura en la Teología.** Es muy de desear, y necesario que el empleo de la divina Escritura, se extienda a toda la Teología, y se convierta, por decirlo así, en su alma; tal ha sido en todos los tiempos la doctrina de todos los Padres y de los teólogos más notables, y la que ellos han apoyado con su ejemplo.

Pues, ellos han querido deducir y consolidar principalmente de las Sagradas Letras las verdades que son objeto de la fe y las consecuencias que de ellas se derivan; de la Biblia como también de la divina tradición se han servido también para refutar las nuevas invenciones de los herejes y para establecer la razón de ser de los dogmas católicos, su comprensión y conexión.

Esto no puede sorprender a nadie cuando se da cuenta de que los Libros Santos ocupan un lugar tan eminente entre las fuentes de la revelación que no se puede tratar debida y dignamente la teología sino estudiando y empleando asiduamente la Biblia. Bueno es también, indudablemente, que los jóvenes se ejerciten, sobre todo en las Universidades y Seminarios, en adquirir la comprensión y la ciencia de los dogmas, y que, partiendo de los artículos de la fe, deduzcan sus consecuencias por medio de una argumentación establecida según las reglas de una filosofía experimentada y sólida. No obstante, el teólogo profundo e instruido, no debe descuidar la interpretación de los dogmas, basada en las autoridades de la Biblia.

"En efecto, (la teología), *no toma sus argumentos de las demás ciencias, sino inmediatamente de Dios por la revelación. Por lo tanto, nada recibe de esas ciencias como si le fueran superiores, y sí las emplea como a sus inferiores y servidoras".*

33. **Método de Santo Tomás.** Este método de enseñar la ciencia sagrada, está indicado y recomendado por el Príncipe de los teólogos, SANTO TOMÁS DE AQUINO(43). Este, por haber comprendido bien el carácter de la teología cristiana, ha enseñado, además, cómo puede un teólogo defender sus propios principios si acaso los ataquen. *"Pues, argumentando por medio de un artículo de fe contra los que niegan otro, cuando el adversario concede algunas verdades que conocemos por divina revelación como cuando mediante la autoridad de la Sagrada Escritura argumentamos contra los herejes; mas cuando el adversario no cree nada de lo que está revelado por Dios, sólo nos queda el recurso de demostrarle la verdad de los artículos de fe por medio*

(41) Cfr. Clem. Alex. Strom., 1, 16; Orig. de princ., 4, 8; in levit. hom., 4, 8; Tertull. de praescr., 15, seqq.; S. Hilar. Pict. in Matth., 13, 1.

(42) S. Greg. M., *Moral,* 8, 9 (al 11).

(43) S. Thom. *Summ. theol.* p. 1, q. 1, a. 5 ad 2.

de razonamientos para destruir los suyos, si él los hace contra la fe"[44].

Debemos, por lo tanto, poner un especial cuidado en que los jóvenes caminen al combate convenientemente instruidos en las ciencias bíblicas para que no frustren nuestras legítimas es-
284 peranzas, ni, lo que sería más grave, para que no corran, inadvertidamente, el peligro de caer en el error, engañados por las falacias de los racionalistas y por una especie de fingida erudición.

34. **Formación tomística.** Pero ellos estarán perfectamente apercibidos para la lucha si con arreglo al método que Nos mismo les hemos enseñado y prescrito, cultivan religiosamente y con profundidad el estudio de la Filosofía y de la Teología, bajo la dirección del mismo SANTO TOMÁS. De este modo harán grandes y celebrados progresos, tanto en las ciencias bíblicas como en la parte de la Teología llamada *positiva.*

Otro punto importante. Ya es mucho ciertamente, mediante la genuina y hábil interpretación de la Sagrada Biblia, haber probado, expuesto y hecho resaltar la doctrina católica; resta, sin embargo otra parte, de tanta importancia como de trabajosa elaboración, para refirmar la plena autoridad de esos Libros con los más sólidos argumentos.

35. **El magisterio de la Iglesia.** Este objeto no podrá conseguirse plena y enteramente sino por el magisterio propio y vivo de la Iglesia, que *"por sí misma, y a causa de su admirable difusión, de su eximia santidad, de su fecundidad inagotable en toda suerte de bienes, de su unidad católica, de su estabilidad invencible, es un grande y perpetuo motivo de credibilidad y una prueba irrefragable de su divina misión"*[45].

Pero por cuanto que este divino e infalible magisterio de la Iglesia descansa en la autoridad de la Sagrada Escritura, es preciso desde luego probar principalmente y reivindicar su credibilidad, por lo menos desde el punto de vista humano. Después se pueden exponer, con certidumbre y franqueza, valiéndose de estos libros como documentos antiguos dignísimos de fe, la divinidad y misión de Cristo nuestro Señor, la institución de una Iglesia jerárquica y el primado otorgado a Pedro y a sus sucesores.

36. **Estímulo a los sacerdotes para** a
prepararse para el estudio y combate bíblicos. Sería, ciertamente muy conveniente para alcanzar este fin que hubiese muchos sacerdotes bien preparados para luchar en este terreno por la fe y rechazar los ataques enemigos, revestidos principalmente con *la armadura* de Dios que aconseja poner el Apóstol[46], habituados, empero, a las nuevas armas y combates de los adversarios. Este es uno de los deberes de los Sacerdotes que SAN CRISÓSTOMO expone en términos magníficos. *"Es preciso* —dice— *emplear un ingente celo, a fin de que la palabra de Dios habite con abundancia en nosotros*[47]; *no debemos, pues, estar prontos para un solo género de combate: varia es la guerra, y múltiples los enemigos; éstos no emplean todos unas mismas armas, ni de una manera igual se proponen luchar con nosotros. Hay, por lo tanto, necesidad de que aquel que deba medirse con todos, conozca las maquinaciones y los artificios de todos, que maneje las flechas y la honda, que sea tribuno y jefe de cohorte, general y soldado, infante y caballero, apto para luchar en el mar y para derribar murallas. Si el defensor no conoce todos los medios de combatir, el diablo sabe hacer entrar a sus raptores por un sólo punto, en el caso de que uno sólo se quede sin guarda, y arrebatar las ovejas"*[48].

Nos hemos señalado más arriba las astucias de los enemigos, y los múltiples medios que emplean en el ataque; indiquemos ahora los procedimientos que deben utilizarse para la defensa.

(44) S. Thom. 1, 91 a 8.
(45) Conc. Vat. sess. III, c. 3, *de fide.*
(46) Efes. 6, 13 ss.
(47) *Cfr.* Col., 3, 16.
(48) *De sacerd.*, 4, 4.

37. **Estudio de lenguas orientales y crítica.** El primero de ellos es el estudio de las antiguas lenguas orientales, y al mismo tiempo el de la ciencia que se llama crítica. Ambos géneros de ciencia son hoy día muy apreciados y estimados; el Clero que los posea según lo exija el país en que se encuentre y los hombres con quienes está en relación, podrá mejor mantener su dignidad y cumplir con los deberes de su cargo. Pues, el Ministro de Dios, debe, *"hacerse todo para todos*[49] *y estar siempre pronto para dar razón de su esperanza a todo el que se la pidiere"*[50].

Es, pues, necesario a los profesores de la Sagrada Escritura, y conviene a los teólogos, conocer las lenguas en que los libros canónicos fueron primeramente compuestos por los autores sagrados, sería también excelente que los seminaristas cultivasen dichas lenguas, sobre todo aquellos que están destinados a los grados académicos de la Teología.

Debe también tenerse especial cuidado en establecer en todas las Universidades como ya se ha hecho con razón en muchas de ellas, cátedras donde se enseñen las demás lenguas antiguas, sobre todo las semíticas y las ciencias relacionadas con ellas. Estos cursos se dedicarán especialmente a los jóvenes llamados al profesorado de las Sagradas Letras.

38. **"Alta crítica".** Precisamente estos profesores de Sagrada Escritura deben, por la misma razón y el mismo fin, estar mejor instruidos y ejercitados en la disciplina del verdadero arte crítico. Está mal y redunda en gran daño para la Religión que se haya introducido un sistema artificioso que se adorna con el nombre respetable de "alta crítica"; por la cual con los solos criterios, llamados, internos juzgan y establecen el origen del libro y su integridad y autoridad. Por el contrario, es evidente que cuando se trata de una cuestión histórica, del origen y conservación de una obra cualquiera, los testimonios históricos tienen más valor que todos los demás, y deben, por lo tanto buscarse y examinarse con la mayor diligencia.

En cuanto a los criterios internos, éstos son, las más de las veces, de mucha menor importancia; de tal suerte, que no pueden ser invocados sino para confirmar la tesis. De obrar de otro modo resultan graves inconvenientes; pues, los enemigos de la Religión cobran así mayor confianza para atacar y deshacer la autenticidad de los Libros Santos; este género de "alta crítica" que hoy se exalta conducirá en definitiva al resultado de que cada uno en la interpretación se atenga a sus gustos y a sus prejuicios. De este modo la luz, basada en las Escrituras, no se hará, y ninguna ventaja reportará para 286
la ciencia; pero se manifestará con evidencia este carácter del error, que consiste en la multiplicidad y disensión de las opiniones. La conducta de los jefes de esta nueva ciencia lo está ya demostrando.

Además, como la mayor parte de ellos están imbuidos en las máximas de una vana filosofía y del racionalismo, no temerán descartar de los Sagrados Libros las profecías, los milagros y todos los demás hechos que sobrepasen el orden natural.

39. **Abuso de ciertos científicos.** El intérprete deberá luchar en segundo lugar contra aquellos que, abusando de su conocimiento de las ciencias físicas, siguen paso a paso a los autores sagrados, a fin de poder descubrir la ignorancia que tienen de tales hechos, y rebatir sus escritos por este motivo.

Como estas inculpaciones se fundan en objetos sensibles, son tanto más peligrosos cuanto que se difunden en la multitud, sobre todo entre la juventud dedicada a las letras; desde el momento en que ésta haya perdido sobre algún punto importante el respeto a la revelación divina, no tardará en desvanecerse su fe en lo que se relaciona con todo lo demás.

Porque es demasiado evidente que como las ciencias naturales son propias para manifestar la gloria del Creador

(49) I Cor., 9, 22.

(50) I Petr., 3, 15.

grabada en los objetos terrestres, con tal de que sean convenientemente enseñadas, son también capaces de arrancar del alma los principios de una sana filosofía y de corromper las costumbres, cuando se infiltran con dañadas intenciones en las tiernas inteligencias.

También el conocimiento de los hechos naturales será una ayuda eficaz para aquel que enseñe la Escritura; en efecto, gracias a él podrá más fácilmente descubrir y refutar los sofismas de toda clase dirigidos contra los Libros Sagrados.

40. **Acuerdo entre la Teología y la Física.** Seguramente no puede existir ningún desacuerdo real entre la Teología y la Física cuando ambas se mantienen en sus límites, y cuidan, según la frase de SAN AGUSTÍN, *de no afirmar nada al azar y de no tomar lo desconocido por lo conocido*[51].

Si a pesar de esto surgiese discrepancia sobre un punto, ¿qué debe hacer el teólogo? Seguir la regla sumariamente indicada por el mismo doctor. *Cuanto a todo aquello que nuestros adversarios pueden demostrarnos respecto de la naturaleza, apoyándose en verdaderos documentos, probémosles que en estos hechos no hay nada contrario a nuestras Sagradas Letras. Mas en cuanto a lo que saquen de cierto de sus libros y que invoquen como en contradicción con estas Sagradas Letras, es decir, con la fe católica, demostrémosles de alguna manera que es falsísimo o, por lo menos, tenemos por cierto que lo es* [52].

Géneros literarios. Para penetrarnos bien de la justicia de esta regla consideremos primero que los escritores sagrados, o más exactamente *el espíritu de Dios que hablaba por su boca, no ha querido enseñar a los hombres estas verdades* concernientes a la constitución íntima de los objetos visibles, *porque ellas no debían servirles de nada para su salvación*[53]. También los autores sagrados, sin dedicarse a observar bien la naturaleza, describen algunas veces los objetos y hablan de ellos o 287
por una especie de metáfora, o como lo exigía el lenguaje usado en aquella época, y así se hace todavía hoy sobre muchos puntos en la vida diaria, aún entre los hombres más sabios.

En el lenguaje vulgar se designan primero y por la palabra propia los objetos que caen bajo los sentidos; el escritor sagrado (y el DOCTOR ANGÉLICO nos lo advierte) *se ha fijado en los caracteres sensibles*[54]; es decir, en aquellos que Dios mismo, dirigiéndose a los hombres, ha indicado, siguiendo la costumbre de los hombres para ser comprendido por ellos.

41. **Los diversos sentidos dados por los Santos Padres.** Pero del hecho que sea preciso defender vigorosamente la Sagrada Escritura, no resulta que sea necesario conservar igualmente todos los sentidos que cada uno de los Padres o de los intérpretes que les han sucedido han empleado para explicar estas mismas Escrituras. Aquéllos, en efecto, dadas las opiniones corrientes en su época, tal vez no han juzgado siempre según la verdad, hasta el punto de emitir ciertos principios que distan mucho en la actualidad de aprobarse.

Es preciso distinguir con cuidado en sus explicaciones aquello que dan como concerniente a la fe o como estrechamente unido a ella y aquello que afirman con unánime consenso; pues, *en cosas que no son de la fe podían sostener los Santos, como también nosotros, pareceres diferentes,* según una sentencia de SANTO TOMÁS[55].

42. **Usar de prudencia.** Este, en otro pasaje, se expresa con mucha sabiduría en estos términos: *Por lo que concierne a las opiniones que los filósofos han profesado comúnmente y que no son contrarias a nuestra fe, me parece más seguro no afirmarlas como dogmas, aunque algunas veces sean introducidas en el razonamiento de aquellos filósofos, y de no designarlas como*

(51) *In Gen. op. imperf.*, 9, 20.
(52) *De Gen. ad litt.*, I, 21, 41.
(53) S. Aug. *De Gen. ad litt.* II, 9, 20.
(54) *Summa theol.* p. I, q. 70, a. 1 ad 3.
(55) *In Sent.* II, dist. II, q. 1, a. 3.

contrarias a la fe, por no facilitar a los sabios de este mundo ocasión de despreciar nuestra doctrina[56].

Pues, aunque el intérprete debe demostrar que en las Escrituras bien explicadas no hay nada que contradiga las cosas ciertas que con sólidos argumentos probaron los estudiosos de las ciencias naturales, sin embargo, no se le escapará que a veces sucedió que no pocas de estas verdades, dadas por ellos como ciertas también, más tarde fueron puestas en duda y aun repudiadas. Si los escritores que tratan hechos físicos sobrepasaran los límites de su disciplina, invadiendo el terreno filosófico con la perversión de sus opiniones, el intérprete teológico los remitirá a los filósofos, a fin de que éstos los refuten.

43. **Crítica histórica.** Conviene aplicar estos mismos principios a las disciplinas afines, especialmente a la historia. Es lamentable, en efecto, que haya muchos hombres que con grandes trabajos investigan y sacan a luz los monumentos de la antigüedad, las costumbres e instituciones de los pueblos y documentos de cosas semejantes, y lo hagan no pocas veces con la intención de descubrir la mancilla del error en
238 los Libros Santos a fin de socavar y hacer vacilar en todo sentido la autoridad de ellos.

Algunos obran así con disposiciones en realidad demasiado hostiles, y juzgan de una manera que no es suficientemente imparcial. Tienen tanta confianza en los libros profanos y en los documentos del pasado, que los invocan como si no pudiese existir en ellos ninguna sospecha de error, mientras niegan fe aun parecida a los Libros Sagrados, a la menor y a la más vana aparición de inexactitud, y esto mismo sin ninguna discusión.

A la verdad puede ocurrir que ciertos pasajes, en la copia de las diversas ediciones, no se encuentren reproducidos de una manera absolutamente, correcta, lo cual debe estudiarse con cuidado, y no debe ser admitido fácilmente, a excepción de los puntos en los cuales el hecho ha sido convenientemente probado.

Puede ocurrir también que el genuino sentido de algunas frases continúe dudoso; para determinarlo, las óptimas reglas de la interpretación serán de gran auxilio; pero será absolutamente ilícito, ya el limitar la inspiración a algunas partes de las Escrituras, ya el conceder que el autor sagrado se haya equivocado.

44. **Los libros inspirados.** Tampoco se puede tolerar el método de aquellos que se libran de estas dificultades no vacilando en conceder que la inspiración divina no se extiende sino a las verdades que conciernen a la fe y a las costumbres y nada más porque piensan equivocadamente que cuando se trata de la verdad de las sentencias no es preciso buscar principalmente lo que ha dicho Dios, sino examinar más bien el motivo por el cual ha hablado así.

En efecto, todos los libros enteros que la Iglesia reconoce como sagrados y canónicos en todas sus partes han sido escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo. Por lo tanto, es preciso que no solo no pueda deslizarse ningún error en la inspiración divina, que no sólo excluya por sí mismo todo error, sino que también lo excluya y lo rechace tan necesariamente, como es necesario que Dios, soberana Verdad, no pueda ser autor de ningún error.

Tal es la antigua y constante fe de la Iglesia, definida solemnemente por los Concilios de Florencia y de Trento, confirmada por fin y más expresamente expuesta en el Concilio del Vaticano, que dio este decreto absoluto: "*Los libros enteros del Antiguo y Nuevo Testamentos, en todas sus partes, tales como están enumeradas por el decreto del mismo Concilio (de Trento), y tales como están contenidos en la antigua edición* VULGATA *en latín, deben ser mirados como sagrados y canónicos. La Iglesia los tiene por sagrados y canónicos, no porque redactados por la sola ciencia humana han sido aproba-*

(56) S. Thom. Opusc. X.

dos inmediatamente por la autoridad de dicha Iglesia; no porque encierran solamente la verdad sin error, sino porque escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor"[57].

45. **La inspiración del Espíritu Santo.** Por lo tanto no tiene importancia
289 alguna que el Espíritu Santo se haya valido de los hombres como de instrumentos para escribir, como si alguna opinión falsa pudiese ser emitida, no ciertamente por el primer autor, sino por los escritores inspirados. En efecto, El mismo de tal modo los ha estimulado y movido por su virtud a escribir, de tal manera les ha asistido mientras escribían que todo lo que les ordenaba escribir y solamente esto, concebían correctamente en su mente, deseaban redactar fielmente y expresaban apropiadamente en términos de infalible verdad, si no el Espíritu Santo no sería el autor de toda la Sagrada Escritura.

Tal ha sido siempre el sentir de los Santos Padres. *También* —dice SAN AGUSTÍN—, *puesto que éstos han escrito lo que* el Espíritu Santo *les ha mostrado y les ha hecho escribir, no debe decirse que no lo ha escrito El mismo dado que éstos, como los miembros, han ejecutado lo que la cabeza les dictaba*[58]. SAN GREGORIO MAGNO se expresa en estos términos: *Es bien superfluo inquirir quién ha escrito estos libros, puesto que se cree firmemente que el autor es el Espíritu Santo. Aquel ha escrito, en efecto, quien ha dictado lo que era preciso escribir; ha escrito quien ha inspirado la obra*[59].

46. **Exención de error.** Dedúcese de esto que los que piensan que en los pasajes auténticos de los Libros Sagrados puede encerrarse algún error ciertamente pervierten la doctrina católica o hacen del mismo Dios el autor de un error. Todos los Padres y todos los doctores han estado tan firmemente persuadidos de que las Letras Divinas, tales como Nos han sido entregadas por los escritores sagrados, están exentas de todo error, que se han aplicado con mucha ingeniosidad y religiosamente a concordar entre sí y a conciliar los numerosos pasajes que parecen presentar alguna contradicción o alguna divergencia. (Y éstos son casi los mismos que en nombre de la ciencia nueva se nos oponen hoy).

Ellos han profesado unánimes creer que estos libros, en su conjunto y en sus partes, son igualmente de inspiración divina, que Dios mismo, hablando por los autores sagrados, no ha podido enunciar nada opuesto a la verdad.

Se deben aplicar aquí de una manera general las palabras que el mismo SAN AGUSTÍN escribía a SAN JERÓNIMO: *"Lo confieso, en efecto, a tu caridad; he aprendido a conceder a los únicos libros de las Escrituras que se llaman ahora canónicos, esta reverencia y este honor de creer muy firmemente que ninguno de sus autores ha podido cometer un error al escribirlos. Y si yo encontrase en estas Santas Letras algún pasaje que me pareciese contrario a la verdad, no vacilaría en afirmar o que el manuscrito es defectuoso, o que el intérprete no ha seguido exactamente el texto, o que yo no comprendo bien"*[60].

47. **Formación de científicos católicos.** Pero luchar plenamente y perfec- 290
tamente, dotado con todos los instrumentos de las ciencias más importantes, por la santidad de la Biblia es mucho más, ciertamente, de lo que puede esperarse de la sola diligencia de los exégetas y teólogos. Es, por lo tanto, de desear que se propongan el mismo objeto y se esfuercen en alcanzarlo los católicos que hayan adquirido alguna autoridad y renombre en las ciencias extrañas. La gloria de tales talentos no ha faltado jamás a la Iglesia, gracias a la bondad de Dios, seguramente no le falta tampoco ahora; y ojalá siga creciendo siempre para sostén de la fe.

Según Nuestro parecer no hay nada que sea más necesario que el que la verdad encuentre defensores que sobre-

(57) *Sess.*, III, c. II, *de revel.*
(58) *De consensu Evangl.*, I, 1, c. 35.
(59) *Praef. in Iob.*, n. 2.
(60) *Ep.* 82, 1 y en otros muchos lugares.

pujan a los adversarios en número y valer; ni hay cosa tan propicia para persuadir a la multitud a rendir culto a la verdad como el ver hombres que se distinguen en alguna disciplina célebre, profesar la verdad con toda franqueza.

Aun más, el odio de nuestros defensores se desvanecerá fácilmente, o al menos no se atreverán ya a afirmar con tanta seguridad que la fe es enemiga de la ciencia, cuando ellos vean a los hombres doctos rendir a esta fe el mayor honor y tener por ella un vivo respeto.

Puesto que pueden tanto para la Religión aquellos a quienes la Providencia ha dado liberalmente un feliz talento y la gracia de profesar la fe católica, es preciso que, en medio de esta vivísima agitación de los estudios que atañen, de algún modo las Escrituras, cada uno de ellos elija un género de estudios apropiado a su inteligencia, y aplicándose a sobresalir en ellos rechace, no sin gloria, los dardos dirigidos por una ciencia impía contra las Santas Escrituras.

48. **Costearles su formación.** Nos alabamos aquí complacido la conducta de ciertos católicos, que, a fin de que los sabios puedan entregarse a tales estudios y hacerlos progresar, facilitan recursos de todas clases, formando Asociaciones a las cuales dan generosamente sumas abundantes. Este es un empleo de la fortuna desde luego excelente y muy apropiado a las necesidades de la época. En efecto, cuando menos deben esperar los católicos socorros del Estado para sus estudios, más conviene que la liberalidad privada se muestre pronta y abundante; de modo que los que fueron favorecidos por Dios con riquezas, las consagren a la conservación del tesoro de la verdad revelada.

49. **Sigan nuestros consejos.** Mas para que tales trabajos aprovechen verdaderamente a las ciencias bíblicas, los hombres doctos deben apoyarse en los principios que Nos hemos indicado más arriba. Deben retener fielmente que Dios, Creador y Señor de todas las cosas, es al mismo tiempo el autor de las Escrituras; que por lo tanto, nada puede encontrarse en la naturaleza, nada en los monumentos de la Historia que esté realmente en desacuerdo con éstas.

50. **Contradicciones aparentes.** Si parece haber alguna contradicción en algún punto, es preciso procurar hacerla desaparecer, ora recurriendo al sabio juicio de los teólogos y de los intérpretes para demostrar lo que hay de ver-
dad y de verosimilitud en el pasaje a 291
raíz del cual se discute, ora ponderando con cuidado los argumentos que a él se oponen. Ni se debe abandonar la tarea aun cuando haya alguna apariencia de verdad en la opinión contraria; pues que lo verdadero no puede en manera alguna contradecir a lo verdadero, se puede estar cierto de que se ha deslizado un error, ya en la interpretación de las palabras sagradas, ya en otra parte de la discusión; y si aun entonces no se distingue bastante claramente una de estas dos faltas, es preciso suspender mientras tanto el juicio.

Efectivamente, durante largo tiempo se han levantado contra las Escrituras numerosas objeciones sacadas de todas las ciencias, y se han desvanecido después enteramente como sin valor alguno.

Del mismo modo en el curso de la interpretación se han propuesto numerosas explicaciones a ciertos pasajes de la Escritura (no concernientes a la fe ni a las costumbres), los que un estudio más profundo ha permitido luego comprender de una manera más justa, más clara. Porque el tiempo destruye las opiniones y las invenciones nuevas, pero *la verdad permanece y se robustece siempre*[61].

Por esta razón, como nadie puede lisonjearse de comprender toda la Escritura, a propósito de la cual SAN AGUSTÍN[62] decía de sí mismo que *ignoraba más de lo que sabía,* cuando alguno encuentre en ella pasajes demasiado difíciles para podérselos explicar, tenga la prudencia y la pacien-

(61) III Esdr., 4, 38.

(62) Ad Ianuar. *ep.* 55, 21.

cia que el citado doctor exige. *"Vale más* —dice— *estar cargado de signos desconocidos pero útiles que, al interpretarlos inútilmente, introducir en el lazo de los errores la cerviz que acababa de sacudir el yugo de la servidumbre* [(63)].

Si los hombres que se dedican a estos estudios auxiliares, siguen honesta y sabiamente Nuestros consejos y Nuestras órdenes; si en sus escritos, en sus enseñanzas y en sus trabajos se proponen combatir a los enemigos de la verdad y preservar a los jóvenes de la pérdida de la fe, entonces será cuando puedan gloriarse de servir verdaderamente el interés de las Sagradas Letras y suministrar a la Religión católica un apoyo tal como la Iglesia tiene derecho a esperar de la piedad y la ciencia de sus hijos.

51. **Deberes de los Pastores.** He aquí, Venerables Hermanos, las advertencias y los preceptos que Nos, inspirados por Dios, hemos resuelto daros en esta ocasión, relativamente al estudio de la Sagrada Escritura. A vosotros incumbe ahora velar para que sean observados con el conveniente respeto, de suerte tal, que se manifieste más y más el reconocimiento que debemos a Dios por haber El comunicado al género humano las palabras de su sabiduría, y a fin de que este estudio produzca al mismo tiempo los frutos abundantes que Nos deseamos, sobre todo en bien de la juventud dedicada al Sagrado Ministerio, juventud que es Nuestro constante desvelo y la esperanza de la Iglesia.

Emplead con ardor vuestra autoridad y multiplicad vuestras exhortaciones a fin de que estos estudios sean estimados y florecientes en los Seminarios y Universidades que dependen de vuestra jurisdicción. Florezcan pura y felizmente
292 bajo la dirección de la Iglesia según las saludables enseñanzas y los ejemplos de los Santos Padres, siguiendo la costumbre de nuestros antepasados; que hagan en el transcurso del tiempo tales progresos; que sean verdaderamente el apoyo y la gloria de la verdad católica y un don divino para la salvación eterna de los pueblos.

52. **Advertencia a los discípulos y ministros.** Nos, por último, advertimos con amor paternal a todos los discípulos y ministros de la Iglesia que cultiven las Sagradas Letras con un respeto y una piedad vivísimos. Porque su inteligencia no puede abrirse como es necesario de una manera saludable si no destierran la soberbia de la ciencia *terrenal,* y si no emprenden con ardor el estudio de esa *sabiduría que viene de lo alto*[(64)]. Una vez iniciados en esta ciencia, alumbrados y robustecidos por ella, su espíritu tendrá un poder extraordinario hasta para reconocer y evitar los errores de la ciencia humana, cosechar sus frutos sólidos y enderezarlos a los intereses eternos. El alma se encaminará de este modo con mayor ardor por las ventajas de la virtud y estará con mayor viveza animada del amor Divino. *"¡Dichosos los que averiguan sus testimonios y los guardan con todo su corazón"*[(65)].

Y ahora Nos, apoyados en la esperanza del divino socorro y llenos de confianza en vuestro celo pastoral, Os concedemos con la mayor complacencia en Dios, como prenda de los favores celestiales y en testimonio de Nuestra particular benevolencia, la bendición Apostólica a todos vosotros, a todo el clero y al pueblo que os está confiado.

Dado en Roma, junto a San Pedro, en 18 de Noviembre del año de 1893, décimosexto de Nuestro Pontificado.

LEON PAPA XIII.

(63) *De doctr. chr,* III, 9, 18.
(64) Jac. 3, 17.
(65) Ps. 118, 2.